

Hablar de Cuba, de miopías y esperanza

Por Silvia Mercado

•Ensayo ganador del 2do. Lugar del
concurso internacional Plumas
Democráticas (2011)

Cómo irrita escuchar hablar de Cuba en tertulias de traspasado, en la boca de eternas adolescencias bohemias que sin problema se pagan un vino vulgar que les permite darse el lujo de soltar infamias. Se ve que es fácil comprarse una camiseta y creer que se ha adoptado una ideología; no hay nada más sencillo que aferrarse a los salmos de la izquierda que repiten los versos de trovas embusteras. Es para enojarse, agarrar el bolso, tirar cuatro monedas y retirarse de la mesa. Cuánto se puede discutir con una entelequia de clase turista que se pasea por La Habana vieja, con escala en un hotel de Varadero, y que jura que encarnó la realidad cubana por haberse sacado una foto con las barbas del Che Guevara. Es que hay soberbia en esas mesas que hablan de Cuba. Una arrogancia legitimada por tantos años –medio siglo– de mentiras; de esa ficción que el régimen castrista ha sabido mantener casi impoluta ante un mundo que parece cada vez más insensible, cada vez más ciego, cada vez más cómplice de aquel gobierno que somete a la isla. Se ve que es cómodo quedarse viendo la película. Uno de los largometrajes más crueles en la historia de las dictaduras. Confortable debe ser escoger postales, repetir consignas, defender lugares comunes, posturas ligeras y políticamente “correctas”. Decir que como la salud en Cuba no hay

ninguna, que como la educación en Cuba no hay, que lo de la libertad es una falacia, un invento imperialista. Qué fácil es armarse un discurso sobre Cuba, salir gallardo e irse a dormir.

Dormir e ignorar que mientras el mundo gira, hay una sociedad presa, estancada, sin cambio. Parece que está resuelto haber olvidado que en Cuba subsisten humanos; pareciera que hay un cruel consenso para coincidir que en la isla las personas –por último– se mantienen, están. Porque lo cierto es que allá, ha dejado de existir una sociedad propiamente dicha. La dictadura ha logrado que las personas dejen de reconocerse como individuos, de mirarse como sujetos. El poder penetrante del autoritarismo ha podido superar límites psíquicos, paralizar mentes, obnubilar sueños, adormecer sentidos a través del miedo.

Miedo. Se debe ahondar en el efecto del miedo para, mínimamente, hacer un boceto de la realidad cubana. Porque la afonía, cierta inercia que podría cuestionarse al pueblo cubano en tantos años de sometimiento, no viene de la nada. Por el contrario, el cubano se sabe valiente, sabe que no es cobardía aquello que lo inmoviliza, que lo ataja, que lo obliga a padecer un estado de coma. El miedo que ensombrece a la isla no es una emoción momentánea o una impresión pasajera, atraviesa desde Pinar del Río hasta llegar a Guantánamo. Es como esos huracanes que azotan el Caribe, pero sin calma. No hay alivio para ese temor colectivo, ni para una sociedad que adapta su vida al recelo, a la sospecha y a la desconfianza. Estos son los códigos que hacen a la cultura cubana, este es el lenguaje que se ha encontrado para sobrevivir a la rutina diseñada por el control y la vigilancia. Miedo, esos escalofríos que sienten los niños cuando se le cuenta una historia de terror, esa es la sensación con la que los cubanos y cubanas se reúnen entre amigos, entre conocidos que –quizá compartiendo una taza de café– están siendo observados, vigilados, escaneados. A eso se refiere Miguel Fariñas en su libro,

Radiografía del Miedo, un texto que página por página relata cómo el temor se ha venido naturalizando en las relaciones más puras, en las situaciones más casuales; esa susceptibilidad ante cualquier pregunta, ese estremecimiento que cualquier cubano siente cuando advierte que el vecino puede estar levantando el teléfono para acusarlo. Tal vez por haberse reunido con quien no debía, por haber comprado eso que no debía, por haber hecho quién sabe qué...que no debía. Por las dudas, es mejor cuidarse, quién sabe si el pariente más cercano pueda ser un “informante”. Entonces los escalofríos están. Las paredes sí escuchan, las cortinas no se mueven porque sí. Los silencios tétricos a plena luz del día le gritan al cubano que está bajo mira. Y los murmullos de lo que quizá se quiso decir se disipan. La intención de expresar se oculta, se disimula, se pierde. Fariñas dice que en Cuba el miedo puede mal confundirse con apatía, desinterés, alienación, sumisión, resignación, pero que se trata –en realidad– de los modos que el cubano ha adoptado para cuidarse ante las reprimendas del régimen. Ante el terror a los “paredones masivos ejemplarizantes”. Un miedo único, el miedo más natural y humano, sin embargo, el peor de los miedos, el miedo a tan solo intentar expresarse. Porque en Cuba expresarse es un delito y pensarse libre es un crimen.

Crimen. Mientras cualquier individuo que vive en libertad entiende crimen como alguna acción que hiere gravemente a otro, crimen en Cuba es todo aquello que desacata lo que el régimen ha impuesto. No por nada, “la ley cubana vigente contempla la posibilidad de aplicar la pena de muerte en 112 delitos”; legislación que solo entre los años 1959 y 2007, ha acumulado 8.190 muertos, de los cuales 5.775 fueron ejecutados, 1.234 asesinados extrajudicialmente y 984 fueron víctimas de homicidios provocados dentro de las prisiones. Y eso que entre estos números no se cuenta centenares de ajusticiamientos en nombre de la Justicia Revolucionaria, la única justicia que conocen los

cubanos; una justicia que vulnera derechos, que se burla de la dignidad de las personas. Y es que leer cifras no cuesta nada, es otra cosa escuchar una voz cubana retratando lo que es caer en mano de la justicia del régimen.

Es un verdadero infierno lo que le espera. Si es acusado de algo, entonces conocerá en carne propia la llamada justicia revolucionaria, en la que usted es culpable de antemano. Aquello de que usted es inocente hasta que se pruebe lo contrario aquí funciona de la siguiente manera: usted es culpable y le costará mucha sangre, sudor y lágrimas demostrar su inocencia.

Así, pues, penalizando y criminalizando se sostiene el sistema; un sistema en el que cuestionar, intentar, buscar, emprender, desear – ante los ojos del poder omnipresente – no son verbos comunes, en Cuba son delitos. Repudiables osadías de los malagradecidos que no saben valorar 50 años de revolución.

Mientras para el mundo ha transcurrido medio siglo, los cubanos vienen sobreviviendo más de 600 meses, más de 2400 semanas de dictadura. Y ni hablar de los días, porque un día soportando la más oscura de las prisiones es más insoportable que tan solo 24 horas. Es como si se hubiera suprimido el amanecer, no hay despertar si el día siguiente será el transcurrir de lo mismo. Cincuenta años en el limbo, cadena perpetua para generaciones que ya no vieron a su país libre, condena segura para los que intentaron levantar la cabeza. Y es que ojalá fuera una metáfora cualquiera, pero no por azar “Cuba tiene las tasas más altas de encarcelamiento por ofensas políticas en el mundo”.

Ejecuciones, asesinatos extrajudiciales, secuestros temporales, las cifras para enumerar solo algunos de los abusos y excesos no logran expresar la cantidad de atropellos a una sociedad restringida de su libertad política. Atropellos que el régimen ha establecido para salvaguardar la impunidad con la que, orgullosamente, ha operado más de 50 años. Ellos sí celebran medio siglo; altaneros, se acicalan de laureles para demostrar que su poder “resiste”, que la revolución triunfó, que los Barbudos de Sierra Maestra están más vivos que nunca. Y así, altisonantes, reciben aplausos. Se ufanan con la pleitesía de los de siempre; de aquellos que, cautivados por la verborragia socialista, se desgañitan batiendo palmas. Los 50 años de revolución –a realidades abismales de distancia– no son más que palabras.

De palabras se ha sabido sostener el gobierno cubano. Si solo los discursos de Fidel se computarizaran en horas y las horas en kilómetros, Fidel habría recorrido por lo menos tres continentes caminando. Pero Fidel prefirió quedarse hablando, obligando a más de 11 millones de habitantes a escucharlo. Y en su sorda retórica asegura una economía próspera. Miente Fidel y miente su hermano. El modelo de economía centralizada, donde el Estado es dueño de todos los medios de producción ha demostrado ser un fracaso, “la economía cubana es incapaz de generar recursos suficientes para atender sus necesidades básicas y la adquisición de bienes intermedios que requieren sus sectores productivos”; las prohibiciones al derecho, a la propiedad privada y la negación a las dinámicas de mercado, frustran cualquier tipo de iniciativa empresarial y por tanto mutilan cualquier paso hacia el progreso. En su retórica de antaño, Fidel asevera que antes de la revolución, Cuba era más pobre. Miente Fidel y mienten sus historiadores: “en la década de los cincuenta, Cuba era una nación con índices crecientes de progreso económico y social, ocupando lugares de avanzada dentro del concierto latinoamericano”; la revolución solo

consiguió un estancamiento económico que apenas pudo disimularse mientras Cuba dependía de la Unión Soviética. En su retórica reiterativa, Fidel se vanagloria de que la revolución logró nivelación social. Miente Fidel y mienten sus estadísticas, la desigualdad en Cuba se profundiza cada vez más, tanto por los efectos de un mercado negro y segmentado, como por las remesas que aumentan la brecha día a día. Y así como miente Fidel, mienten todos los que reproducen la propaganda del régimen. Porque los archiconocidos lemas: “cada año 80 mil niños mueren víctimas de enfermedades evitables, ninguno de ellos es cubano”, “esta noche 200 millones de niños dormirán en las calles del mundo, ninguno es cubano”, quedan como simples pancartas, palabras vacías, cuando millones en el mundo pueden trabajar, comerciar, emprender, viajar, salir libremente y ninguno es cubano.

Mientras tanto los entusiastas de la hoz y el martillo siguen cantando. El compás de cierta querida presencia y cierto amor revolucionario es inagotable. Tanto coro los ha dejado sordos y se niegan a oír las incoherencias del propio régimen al que defienden. Entonces, apurados, comparan. Rebuscan variables, hasta económicas, para caer en las frases inconexas de siempre. Que en Cuba nadie muere de hambre, que en Cuba todos estudian, que en Cuba nadie, que en Cuba todos. Harto fácil es hablar de Cuba. Hablar negando que la realidad cubana está sitiada, que no hay cubano que pueda elegir qué estudiar, que no hay cubano que goce de un servicio de salud digno, que no hay cubano que pueda disponer de sus bienes, que no hay cubano que hable por teléfono sin temor a que lo escuchen, que no hay cubano que pueda sentirse monitoreado, vigilado, manoseado. Porque cuando pasaron por La Habana, el bus de dos pisos no les dejó tropezarse en los huecos fétidos de las alcantarillas destrozadas, el paseo no se detuvo en las bodegas o tiendas de racionamiento a ver cómo una madre se las “resuelve” para llevar un huevo demás

para la semana, y el que se sacó una foto con la joven mulata tampoco se enteró de que el maquillaje que llevaba puesto eran las sobras de una turista que le regaló un par de sandalias.

Niegan que el viaje a la isla de las utopías desbaratara la fábula. Niegan que a la realidad que quisieron ver se le superpuso una realidad en serio, aquella que ruega por canjear un encendedor por una bolsita de maní confitado, aquella que le cuenta que sus hijos siguen vistiendo la ropa usada de los soviéticos, aquella que le muestra los zapatos que se le obliga a usar, aquella que pide que le cuente qué ocurre más allá de horizonte cerrado por el mar quieto, aquella que le enumera las veces que intentó suicidarse, aquella que se prostituye en las calles, aquella que susurra bajito en el Malecón que ya está desesperada. Niegan y reniegan que los mitos se les caigan en pedazos, que la realidad les estrellen en la cara sus propias quimeras. Entonces se toman un baño de cinismo y vuelven a negar; la negación se les ha convertido en el único ejercicio que salvaguarda su vacío de argumentos.

Pero además, no vieron miseria aquellos que le cantan Comandante. No vieron la frustración convertida en rutina de miles de hombres y mujeres que cumplen el rol de ser pueblo, de ser masa. No vieron el agotamiento de familias enteras que sobreviven vidas impuestas. No vieron la postración que viaja de pie en las *guaguas* que atraviesan una ciudad opaca llevando a gente a su jornada estancada. No vieron las heladeras de hogares que atesoran una lata de sardina venezolana. No vieron los cortes de luz que pueden hacer peor la oscuridad que ya está naturalizada. No vieron los sombríos patios de las escuelas y universidades saturados de imágenes aleccionando quién está por sobre todas las cosas. No vieron la espera de cientos de jóvenes que envejecen en la antesala por un permiso de salida. Cómo discutirles si no vieron nada. Uno que otro admite haber visto pobreza, pero haciendo buena letra para no perder el título de máster en "realidad cubana", se la atribuye al embargo y repite: "porque el

embargo comercial, económico y financiero impuesto por los Estados Unidos de América contra Cuba” ...y así argumenta, justifica y remienda. Parcha con las mismas arengas que el discurso castrista fundamenta su dictadura, con las mismas locuciones que justifican atrocidades. Porque al gobierno cubano no le queda más que la estrategia de la repetición, la reproducción de consignas huecas y la defensa de ecuaciones socialistas nulas de lógica; no le quedan más que técnicas discursivas para escudar un modelo que opera por encima de los derechos mínimos e inalienables de las personas. Pero al buen alumno de las lecciones de izquierda –a aquel que va a graduarse en el Museo de la Revolución– le es suficiente. Y así satisfecho, retorna a su hábitat con la mochila repleta de frases célebres, de estampitas coleccionables, pero vacía de ética. Porque es poco ético haber estado en Cuba y no haber querido ver la miseria.

Y hablarán de democracia, porque los que sacaron diploma para hablar de Cuba, también se creen naturalmente facultados para hablar de democracia. Son predecibles. Arrancan diciendo que, *en realidad ad*, las concepciones occidentales han deformado la real función de la democracia, que en Cuba la democracia va más allá del sufragio, que en Cuba no se padece del vicio multipartidista en el cual los partidos, “como todos sabemos” –dicen– no son más que grupos de poder dirigidos por millonarios; que en Cuba, *en realidad ad*, están libres de los atropellos de las campañas, que en Cuba la elección de candidatos en las asambleas públicas libera los procesos de las prebendas electorales. Que mejor sistema político que el de Cuba no hay. Por supuesto, en la repetición de esta especie de estatuto de buena fe se hace caso omiso de los procedimientos que rigen en la práctica, no se dice que la elección de Delegados en las Asambleas no es más que la selección de personas que, dentro del mismo partido de gobierno, han sido reconocidas sobre todo por

méritos revolucionarios. Entendiéndose mérito revolucionario como absoluta subyugación y ferviente cumplimiento a las instrucciones del régimen. No se dice que la elección –el efecto de elegir entre uno u otro– es, en realidad, la legitimación de una designación preestablecida que obedece a una más de las formas que tiene el gobierno cubano para controlar el poder. Pero es inútil enfrentar con esta simple regla de tres a los doctores en democracia. Sus coplas son simétricas, resueltas, armadas; no admiten lo que atenta contra lo aprendido, contra lo que altera una palabra de sus disertaciones prefabricadas. Es más, hablarán de las elecciones y democracia en Cuba como ejemplos a seguir, como modelos que muy bien están siguiendo países hermanos porque, cabalmente, los que hablan de Cuba están en primera fila para aplaudir las particulares extravagancias del “comandante” Hugo Chávez y los lamentos antiimperialistas del “compañero” Evo Morales. Dos nuevos personajes que fieles a una sátira orwelliana hoy gobiernan acomodados en atriles dorados, desde donde vociferan con el dedo índice en alto. Y es que corren con la suerte que a veces otorgan las circunstancias: bonanzas temporales y débiles democracias, la combinación perfecta para el brote de epidemias populistas y la revivificación de proyectos socialistas *aggiornado* al siglo XXI.

Socialismo del siglo XXI; nueva carátula y un par de aditamentos para el viejo instrumento discursivo de siempre. Muy útil para la nueva saga de caudillos y letra fresca para los barrabravas de izquierda. Un compendio de tramoyas para llegar conseguir el poder pacíficamente y, en nombre de las mayorías, despejar la cancha para instalar “sociedades verticales y autoritarias en las que desaparecen los esquemas republicanos clásicos de balance de poderes, protección de los derechos individuales y partidos que compiten por el favor popular para ocupar la casa de gobierno y administrar el espacio público con

arreglo a las leyes”. Una fórmula registrada para establecer dictaduras estatales, franquicias totalitarias, sucursales de un régimen único con la nave nodriza en Cuba. No les salió nada mal la nueva cartilla de presentación a los paleontólogos marxistas; cundió con relativo éxito el relanzamiento de su cosmética neosocialista. Olvidan que el Socialismo es Socialismo no más, y que incluso ya fue un aborto cuando le quisieron poner “rostro humano”. Pero ahí están en su campaña, acolitados por la perorata que ahora ensalza la hermandad latinoamericana.

La hermandad latinoamericana; así es como etiquetan, digamos, su nueva religión. Profesan fe ciega en sus nuevos redentores de busto dictatorial; los ovacionan, los defienden, creen haber encontrado en ellos a “guías espirituales”. Creen, realmente creen, que el continente latinoamericano recién despierta, que recién empieza a quitarse las vendas impuestas por el Capitalismo salvaje, que durante tantos años –hasta quinientos– nos mantuvo colonizados. Para ellos, lo de Fulgencio Batista fue ayer, hoy toca seguir los pasos de la revolución cubana. Sin reparo, fusionan fechas, emparentan próceres, entremezclan procesos; de uno u otro modo, encuentran a los mismos culpables: las transnacionales, los gobiernos ultraderecha, los lacayos del imperio, los medios golpistas, etc. Nadie les quita de la cabeza que es momento de sacar la espada bolivariana. Entonces hablan así, con la docta ligereza que hablan de Cuba y de la realidad latinoamericana. La resumen, la sintetizan, la acomodan; logran calzar consignas para concluir que solo Cuba, una pequeña isla, es el gigante que resiste a las perversidades del monstruo neoliberal, a las impúdicas artimañas del mercado, a los nefastos intereses del imperio norteamericano. Y con este discurso muchos se hacen intelectuales. Lejos están de reconocer que el modelo económico que desempolvan con tanto entusiasmo ha fracasado

de punta a canto, y más lejos están de aceptar que pueden estar siendo fructuosamente utilizados por proyectos totalitarios que –a título de hermandad– lo que buscan es imponer escabrosas complicidades. Y es que el idiota ha regresado. “Una nueva generación de auto-proclamados revolucionarios está intentando revivir los erróneos métodos de sus predecesores”. Manual bajo el brazo, la ola de apasionados vuelve a cobrar protagonismo; usan guiones prestados, enarbolan banderas ajenas y revolean ponchos indígenas a modo de demostrar que la identidad les corre por las venas. Por supuesto, “las venas abiertas de América Latina”. No demuestran originalidad; no hay mucho que innovar. Sus mayores ya agotaron el discurso y nos les dejaron más alternativa que la reedición de lo caduco. Sin embargo, perseveran. Se ve que no pretenden cesar en su supuesta lucha, que no se cansan en seguir la huella revolucionaria. Revolución, melodiosa palabra en la coral latinoamericana. Palabra que, a contramano de la semántica, la labia castrista mantiene estática. La única revolución que se mantiene casi como en formol para inculcar el espíritu revolucionario, para infundir el criterio revolucionario. La revolución para la que todos los días es 26 de julio de 1953. La revolución que canta “que la ideología es motor para avanzar y vencer, y en cuanto a la ideología para nosotros siempre es 26”. La revolución que restringe libertades, la revolución que anula a sus ciudadanos, la revolución que confiscó todos los medios masivos de comunicación, la revolución que reprime y asesina a personas que disienten con el régimen, esa es la revolución cubana. Una revolución que asfixia con propaganda, una revolución que controla y amenaza a través de Comités de Defensa, una revolución que amedrenta, intimida, chantajea, oprime y corrompe a una sociedad huérfana de sí misma, amputada de su propia vida. Es esta la revolución a la que los llamados progresistas componen canciones y rinden pleitesía, pero esta revolución ya no tiene nada que ver con lo que realmente

sienten los cubanos. Porque esa revolución que los abofetea y los engaña empieza a ser nada más que un fantasma, un espectro al que se le teme, sin duda, pero al que ya no se le permitirá doblegar la dignidad. Porque por ahora el fantasma está, pero ya no puede vedar la ansiedad, el deseo, la incontenible premura por recuperar la libertad.

Libertad, es una palabra que los que hablan de Cuba han llegado a ridiculizar. Ese concepto que es difícil de entender cuando no se está privado de gozarlo y que es fácil de deslegitimar cuando se agrede al que está desautorizado o al que apenas tiene el deseo de manifestarlo. Y es que es sencillo etiquetar de “gusanos”, llamar traidores, desleales, infieles, desagradecidos a quienes han preferido el exilio que el sometimiento, a quienes han tenido que huir de la persecución indiscriminada y del acoso constante. Es curioso ver como para buena parte de los que habitamos en este planeta la libertad no es más que una figura retórica o una noción abstracta; se ve que nunca padecemos prohibiciones supremas dictaminadas por un gobierno. Quizá en algún momento advertimos ciertos excesos y fue suficiente para no tolerarlos. Menospreciar el pedido de auxilio de los cubanos o aún peor, negar que en la isla no existan restricciones a la libertad, es torpe y hasta inhumano. Pero por increíble que así parezca, están los que – defendiendo una ideología sacada de almanaque – pueden retorcer el discurso y mostrar al tirano como víctima; su efervescencia por lucirse como quijotes antiimperialistas los lleva a socapar el teatro más perverso de los últimos tiempos. Hay que llamarlos cómplices, es necesario enfrentarlos y hacerles saber que fungen de coautores de una farsa injusta y descomunal. De poco sirve andarse con rodeos o querer moderar una plática para pasar a otro tema, ya bastante silencio, suficiente condescendencia y reparo “porque el otro piensa diferente”. En este caso el otro no tiene ninguna consideración a la hora de hablar de Cuba o escribir sobre una realidad que no conoce y que por el

contrario idealiza a la medida de libretos políticos siniestros.

Se derrumba la mampostería, empiezan a hundirse las columnas que por 52 años sostuvieron las tablas de una puesta en escena, de uno de los actos más largos de las tramas socialistas. Porque a pesar de que la radio, la televisión y el diario *Granma* intenten perpetuar caudillos, eternizar sentencias, ocultar la realidad, la red de redes ha logrado correr una cortina, ha permitido entrever a través de ese pesado telón rojo. El Internet ha ayudado a que por lo menos una ventana se vaya abriendo para que los ojos de Cuba puedan mirar al mundo. Y para que el mundo pueda espiar un poco de la realidad cubana. Podrán seguir las transmisiones y retransmisiones de los discursos maratónicos de Fidel, podrán seguir destilando odio en letras impresas, podrán seguir entonando alegorías al comandante y podrán seguir pasando los documentales añejos de la ex Unión Soviética. Porque esos elefantes que hoy detentan el poder todavía pueden operar una serie de artilugios, pero ya no podrán –de hecho ya no pueden– esconder el hartazgo, la incontenible angustia por gritar cambio. El rugido humano se escucha fuerte en la barriga de ese dinosaurio.

Para la congoja de los que han hecho profesión y oficio hablar de Cuba, el cambio en la isla es ya un hecho. Solo es cuestión de tiempo para que las rendijas que hoy permiten entrar rayos de luz quiebren el muro; las fisuras son nítidas, la fractura es definitiva. Está llegando el día en el que se habrá visto tumbada la puerta de salida. Ya no será un escape, será un portal abierto a fuerza de paciencia y valentía. Porque el cambio se vivirá como una próspera cosecha, como la más hidalga de las respuestas a pesar de décadas de postergación. Sorprenderá al mundo cómo el cubano recupera su identidad, cómo reconstruye sus instituciones, cómo reedifica democracia, cómo redescubre sus libertades. Será libre para desarrollar esas capacidades que hoy le coartan, será libre para expresar esa creatividad innata que le permitirá emprender, apostar, crear e innovar; ya no le será

necesario buscarle la vuelta clandestina a la supervivencia, gozará de su vida bajo el amparo de las leyes que él mismo hará respetar.

Escuchar esa sensatez en tantas voces cubanas permite presagiar un proceso de cambio maduro, reflexivo, natural. Llama la atención cómo proyectan la recomposición de un sistema de partidos políticos en el marco de la diversidad; es admirable cómo, lejos de sentir cualquier clase de resentimiento, lo que transmiten es tolerancia plena para nunca repetir los episodios nefastos que les tocó vivir. Conversar con un cubano es como sentarse en una clase de economía: la lógica con la que exponen que la intervención estatal solo puede generar corrupción, pobreza y desigualdad, no deja lugar a dudas de que su reflexión haya estrecha relación entre la libertad política y la libertad económica. El sentido con el que se refieren a la propiedad privada pone en evidencia un razonamiento auténtico, fiel a sus principios, ético para con el prójimo como para consigo mismo. Es definitivamente gratificante ponerse al tanto de lo que en Cuba se construye es una apertura saludable. Serán un ejemplo de una sociedad que encontrará su espontáneo desarrollo en las dinámicas del mercado; ese espacio de conquista que para los cubanos es una meta que significará la conquista de su libertad.

Hay cubanos que han hecho y hacen mucho para que la luz de la esperanza se mantenga viva. Para que mínimos rayos logren traspasar las peligrosas barreras de la censura. Son cubanos que se la juegan, se las ingenian y ganan. Son los blogueros cubanos, esos sagaces jóvenes que han hecho de la internet la cancha ideal para meterle un gol de córner al trasto totalitario. Con gusto, criterio y con la verdad por delante hoy le revelan al mundo lo que de verás es la realidad cubana. Les dieron una lección a los que hablan y hablan de Cuba, les dieron cátedra y, por si fuera poco, con habilidad y encanto literario. Extraordinarias maneras inventan para aprovechar las bondades de la tecnología que

paradójicamente les es negada más que a cualquiera. Pero lo logran. Logran hacer viajar sus frases, hacer conocer sus pensamientos, hacer leer sus realidades. Han hecho de los teclados verdaderas armas revolucionarias. Nadie podría imaginarse cuánto les cuesta conectarse a Internet o los códigos binarios que tiene que operar para colgar un mensaje. Pero lo consiguen y les agradecemos por esa perseverancia, porque si no fuera por ese empeño y por esa constancia, tal vez habríamos olvidado que Cuba existe, no nos habría quedado otra opción que comprar lo que la propaganda castrista vende o más bien regala en la boca de los zalameros aspirantes a camaradas.

Es momento de retribuir a esos valientes, de hacerles saber que estamos con ellos. De hacerle saber a esa “peregrina inmóvil, viajera virtual, navegante en balsa de kilobytes” que la seguimos por *Twitter*, que compartimos su blog y que su nombre –Yoani Sánchez– ya es fuente de inspiración en nuestras luchas diarias. Ahora corresponde luchar por esas letras cubanas, seguir esos ejemplos de entrega, de genuinas agallas. Porque su lucha no es reciente, recoge el coraje de una disidencia heroica, una disidencia que supo soportar la condena, la tortura, el exilio; una noble disidencia que camina por las calles vestida de blanco, una disidencia que reclama por sus hijos, una disidencia que pena en las prisiones por haber dicho la verdad. Por esa disidencia que se hace más fuerte ante los insultos, ante los golpes y ante los agravios. Por esa disidencia que entregó la vida por ver a Cuba libre, hoy toca sumar nuestras letras, unir nuestras voces y empezar a trabajar por el cambio. El cambio que Cuba reclama y que está en nuestras manos.

Notas

1 Fariñas, Guillermo (2009). *Radiografía de los miedos en Cuba*. Documento en PDF.

2 Archivo Cuba: proyecto dedicado a documentar los crímenes de gobierno cubano. "La organización Archivo Cuba documenta 8.190 asesinatos cometidos por el régimen de Castro".

<http://www.cubaenlace.com/showthread.php?t=1398>

3 Registros Europa Press para *Archivo Cuba*.

4 Félix (apellido en reserva para preservar la seguridad del autor) "Necesidad de Reformas en Cuba" en *Expresiones Populares cubanas*. Ensayos sobre política, economía y justicia.

5 Cuba a 50 Años de su Revolución: El Fracaso Total P.4.

6 Elías Amor Bravo (2010). "La devaluación del bolívar, la economía cubana y la crisis económica". http://www.cadal.org/articulos/nota.asp?id_nota=3193

7 Cuba a 50 Años de su Revolución: El Fracaso Total P.10.

8 Carlos Alberto Montaner (2009). "Socialismo, ¿para siempre?".

<http://www.firmaspress.com/articulos/carlos-alberto-montaner/Socialismo-para-siempre>

9 "Socialismo de rostro humano", intento del último presidente checoslovaco (Alexander Dubcek) de querer hacer ver al Socialismo ligeramente democrático para mantener al Partido Comunista en el poder.

10 Ojalá fuera una metáfora o una construcción fruto de la exageración, pero queda documentado: "Declaran a Evo Morales guía espiritual de los bolivianos", en *Juventud Rebelde*, diario de la juventud cubana.

<http://www.juventudrebelde.cu/internacionales/2010-01-21/declaran-a-evo-morales-guia-espiritual-de-los-bolivianos>

11 Álvaro Var gas L losa (2007). "El regreso del idiota".

<http://www.elindependent.org/articulos/article.asp?id=1962>

12 Letra de canción de Carlos Puebla.

13 Armando (apellido en reserva para preservar la seguridad del autor) "Crecimiento económico y libertad política" en *Expresiones Populares cubanas*. Ensayos sobre política, economía y justicia.

14 Texto en el espacio de Twitter que tiene Yoani Sánchez:

<http://twitter.com/yoanisanchez> 5:38 PM Oct 24th vía txt